

ROLAND LAZENBY
LA BIOGRAFÍA DEFINITIVA
DE KOBE BRYANT



FROM
BOAT

LIBROS CÚPULA

**ROLAND
LAZENBY**

TRADUCCIÓN DE ALBERT VITÓ

**LA BIOGRAFÍA
DEFINITIVA
DE KOBE BRYANT**

LIBROS CÚPULA

**ES
HOMEB
BOAT**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Publicado originalmente en inglés por Little, Brown and Company (Hachette Book Group) en 2016. Esta edición ha sido publicada bajo acuerdo con Little, Brown and Company, Nueva York, Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

© Roland Lazenby, 2016

© de la traducción: Albert Vitó, 2021

© de la fotografía de cubierta: © Jeff Riedel / CONTOUR / Getty Images

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: enero de 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2759-9

Depósito legal: B. 8.288-2020

Impresor: Rotapapel

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SUMARIO

Prólogo	9
Introducción	15
PRIMERA PARTE	
Tiene que ser gelatina, porque la mermelada no se bambolea	19
1. El fiasco	21
2. Paternidad	29
3. Los más chulos de la fiesta	41
4. Pam y Jelly	53
5. El Escuadrón de Bombarberos	63
SEGUNDA PARTE	
Prodigio	75
6. Kobe Bean	77
7. El gracioso	85
8. Italia	93
9. La bicicleta roja	101
10. Lower Merion	111
11. La onda	121
TERCERA PARTE	
El elegido	131
12. Amor de verano	133
13. El ascenso	145
14. Chico malo	171
15. <i>Come together</i>	185

SHOWBOAT

16. <i>Team Bryant</i>	205
17. Hacia el estrellato	229

CUARTA PARTE

Estrellas de California	249
18. Pacific Palisades	251
19. La fábula continúa	281
20. La teoría del caos	307
21. Estrellas de California	331
22. Campanadas de boda y otras melodías tristes	365
23. Tobillos fracturados y corazones rotos	383

QUINTA PARTE

Mamba	409
24. Montañas Rocosas	411
25. El daño	443
26. La revolución	467
27. El legado	497
28. El más grande	535
Conclusión	567
Post scriptum	581
Agradecimientos	585
Notas y fuentes	587
Índice onomástico	627

CAPÍTULO 1

EL FIASCO

Filadelfia, 5 de mayo de 1976

El coche deportivo blanco circulaba lentamente, casi en silencio entre la neblina de medianoche, directo hacia los agentes que esperaban dentro de la furgoneta policial. Ellos también avanzaban sin prisa, y los típicos crujidos de la radio acompañaban al tráfico extraño y discordante de una noche de miércoles en Filadelfia.

Cuando el deportivo pasó junto al coche patrulla, los agentes vieron a un hombre negro gigantesco encorvado frente el volante.

Era principios de mayo de 1976 en el Fairmount Park, una zona en expansión de la ciudad, y el hombre del coche era Joe Bryant, un *rookie* de veintiún años de los Philadelphia 76ers. Conocido como el jugador Jellybean, era una especie de héroe en el panorama del baloncesto local.

Se cuenta que fue un amigo suyo, Mo Howard, quien le puso ese apodo.

No era cierto, tal y como el propio Howard aseguró muchos años más tarde, aunque aclaró que el apodo surgió del estilo fluido y atlético que demostraba Bryant jugando al baloncesto.

«Creo que los chicos del sur de Filadelfia lo llamaban Jelly —recordaba Howard—. Lo llamaban Jelly (“gelatina”) porque los otros jugadores temblaban al verlo en la pista, ¿sabes? Ya conoces el dicho: “Tiene que ser gelatina, porque la mermelada no se bambolea”. Y así es, ¿verdad? Seguramente, era una gran manera de describir el juego de Joey.»

Además, a Bryant le encantaban esas coloridas chucherías en forma de judía. «Las gominolas [*“jelly beans”*] formaban parte de su identidad

—decía Howard con una carcajada—. En aquella época, las gominolas eran típicas de la Pascua, pero Joe las comía durante todo el año.»

Más adelante, algunos afirmarían que el apodo surgió porque unos espectadores que veían un partido desde la banda le dieron gominolas durante un partido.

Fuera cual fuera el origen del apodo, sin duda, encajaba con el estilo de Bryant. Jellybean era un tipo simpático con una sonrisa incontenible con la que mostraba sus dientes separados. Era una cara que caía bien de inmediato a casi todo el mundo que lo conocía.

«Siempre ha sido así —recordaba Mo Howard—. Siempre con una sonrisa en el rostro. Siempre riéndose y bromeando. Creo que esto fue lo que me llevó a ser amigo suyo.»

También ayudaba el hecho de que tuviera un corazón tan grande como su sonrisa. Años más tarde, uno de sus compañeros de octavo curso recordaría a Joe Bryant como alguien que no había dudado ni un instante en socorrer a un niño judío que sufría abusos en la escuela.

«Joe era un tipo despreocupado —explicaba Howard—. Nos lo pasábamos en grande cuando íbamos a las fiestas a bailar. Tendrías que haberlo visto, un chico de dos metros cinco bailando. Era el más elegante de la pista. Sabía bailar como los ángeles, y era un chaval muy muy majo. Nunca daba la sensación de que pudiera preocuparle nada.»

En retrospectiva, aquella naturaleza despreocupada quizá ayuda a explicar por qué en esa noche temperada de principios de mayo de 1976, mientras los cerezos justo empezaban a florecer, Jellybean Bryant se encontró atrapado en lo que parecía una misión planificada para tentar al destino.

En defensa de Bryant (y sabe Dios que iba a necesitar una defensa por sus acciones esa noche), había sido un día difícil y lleno de emociones intensas, empezando por el funeral de la madre de su gran amigo Gilbert Saunders. En cierto modo, la mujer había sido una segunda madre para Bryant, que había pasado tanto tiempo en casa de los Saunders que lo consideraba su segundo hogar. Le encantaba sentarse a la mesa donde ella servía comidas suntuosas y abundantes. Su propia familia tenía unos recursos muy limitados, y si la señora Saunders se daba cuenta de que Joe necesitaba unos zapatos o una chaqueta, se los proporcionaba con discreción. Aquel día Bryant había acudido a la casa de los Saunders tras el funeral y había sacado su nómina de los 76ers para demostrar lo bien que le iban las cosas.

«Caray», exclamó el señor Saunders, con los ojos como platos.

Bryant había conseguido un contrato de *rookie* de casi un millón de dólares con el equipo, una suma increíble para la época, y en los últimos meses le había llovido el dinero como nunca se habría atrevido a soñar.

Gilbert Saunders, que por aquel entonces jugaba al baloncesto para John Chaney en el Cheyney State College, imaginó que Bryant había sacado el cheque «como un gesto para animar a mi familia. Mi familia lo había acogido. Lo habíamos aceptado. Las deportivas y los abrigos eran cosas con las que mi madre lo había ayudado. Su gesto fue una manera de decirle a mi padre: “Mira lo que he conseguido”».

Así pues, los hechos y la emoción del día tal vez ayuden a comprender lo que había llevado a Jellybean a acercarse al Fairmount Park horas después de la medianoche en aquella misión para tentar al destino.

Tenía un faro trasero fundido y no llevaba carnet de conducir, solo un permiso de aprendizaje caducado desde hacía mucho tiempo. Había empezado a conducir en serio el otoño anterior, tras adquirir dos flamantes Datsun 280Z, uno para su esposa Pam y otro para él, después de firmar su contrato como *rookie* con los Sixers (76ers).

«Esos Zs llamaban mucho la atención —recordaba Gilbert Saunders—. Por eso Joe y su esposa se decidieron por ese modelo. Eran los que ella quería, así que los compraron. Uno para él y otro para ella.»

Bryant había crecido justo allí, en el suroeste de Filadelfia, en lo que él mismo denominaba «el gueto», un mundo ruidoso de líneas de tranvía chirriantes, trenes elevados, buses interurbanos quejosos y bandas locales peleándose por el territorio en cada esquina. Había pasado de no tener vehículo a conducir un Z, un verdadero cohete terrestre. Armado con 170 caballos y solo 1.270 kilos de peso, el vehículo de dos plazas y motor de inyección tenía el potencial de entusiasmar y aterrorizar por igual a quien se pusiera tras el volante, sobre todo a Jellybean, que no iba precisamente sobrado de experiencia.

Es comprensible que le encantara ese vehículo, que disfrutara regresando con él a su antiguo barrio del sur de Filadelfia, según recordaba su amigo Vontez Simpson. «Se lo enseñaba a todo el mundo. Quería demostrar que lo había conseguido. Era un coche espectacular en aquella época.»

Por si fuera poco, el entusiasmo de Bryant seguramente no se debía solo al coche, a juzgar por los dos viales de cocaína y la elegante cucharita en miniatura que había dentro del vehículo.

Otro factor que lo complicó todo aún más era que iba de un lado para otro con Linda Salter, su exnovia y hermana de un compañero del que había sido su instituto, el John Bartram de Filadelfia, a pesar de que tenía una joven y preciosa esposa y una hija de un mes en la casa que acababa de adquirir en un barrio rico de la periferia residencial de la ciudad.

Desde el principio, el matrimonio lo había dirigido su mujer, Pam, una belleza escultural con un punto mezquino. Los amigos de toda la vida se habían dado cuenta de que siempre que tenía que tomar una decisión,

Bryant enseguida miraba a su esposa con expresión sumisa. Los familiares también se reían del hecho que la mera idea de enojarla bastara para provocarle un ataque de pánico a Jelly.

Aquella situación más que enojarla la pondría furiosa, y estaban a punto de sorprenderlo con las manos en la masa.

De haber sido una escena de una película de la época, la banda sonora seguramente habría sido *Disco Lady* de Johnnie Taylor, el éxito por excelencia de buena parte de esa primavera del 1976, una canción perfectamente fluida, tal y como le gustaban a Joe.

*Shake it up, shake it down
Move it in, move it round, disco lady*

Fuera cual fuera la canción que estuviera sonando en el Z y el recorrido que Bryant hubiera realizado esa noche, todo se fue abajo de inmediato cuando se dio cuenta de que los parpadeos luminosos se dirigían hacia él. Como es comprensible, se percató enseguida de una gran variedad de peligros, entre ellos el hecho de que un hombre negro estuviera conduciendo un coche de lujo en plena noche por un parque de una ciudad marcada por la violencia de bandas y todo tipo de conflictos raciales de la peor clase.

La noticia de que había fichado por los Sixers unos meses antes había sido portada del *Philadelphia Tribune*, justo al lado de un artículo sobre las decenas de afroamericanos tiroteados por la policía local en los últimos meses.

En los tres años anteriores, las balas de la policía de Filadelfia habían matado a 73 personas y habían herido a 193 más. En aquella época, era frecuente que los agentes dispararan tiros «de advertencia» a los sospechosos fugitivos.

Durante los últimos doce meses, cinco agentes de Filadelfia habían muerto a balazos, incluido uno que había sido asesinado desde el tejado de un edificio por un chico de quince años que sobresaltó a la ciudad entera asegurando ante las autoridades que «solo quería matar a un poli.»

Bryant no necesitaba que un artículo de periódico le recordara esas circunstancias. Ningún ciudadano negro lo necesitaba.

Es posible que realmente solo quisieran pararlo para advertirle de que se le había estropeado un faro trasero, tal y como los agentes afirmaron más tarde, pero el contexto del momento fue extraño y lleno de tensión, y no hizo más que empeorar.

Los agentes tuvieron el primer presentimiento cuando el altísimo Jellybean, con una altura de algo más de dos metros cinco, salió del coche desplegando toda su envergadura e intentó actuar con naturalidad cuando

el agente le enfocó la cara con la linterna. Se identificó inmediatamente y, viéndose obligado a pensar sobre la marcha, enseguida decidió que confesar lo del carnet de conducir y librarse a la merced de los agentes podía ser su mejor opción para evitar un registro del coche.

Les entregó la documentación, pero el agente quedó confundido por la confesión de Bryant acerca del carnet. Algo en esa interacción provocó un pánico intenso y abrumador en Joe Bryant. Quizá, tal y como algunos sugirieron más adelante, fue la constatación de que su esposa se acabaría enterando de lo sucedido. Quizá fue el miedo hacia los mismos agentes, aunque Bryant ya les había dado la documentación del vehículo y se había identificado.

Lo que pasó a continuación dejó pasmados a los policías, así como a la comunidad de Filadelfia entera y a la cultura estrecha de miras de la National Basketball Association de la década de 1970.

Bryant dio media vuelta y volvió a subir al coche. Los agentes dieron por sentado que iba a sacar el carnet de la guantera, pero en lugar de eso, Bryant arrancó de nuevo el motor del Z, pisó el acelerador y se marchó a toda velocidad levantando hacia la luz de las linternas una ráfaga de grava, polvo e incredulidad.

Los agentes necesitaron un momento para asimilar que Joe Bryant se había escapado a todo trapo. Se aprestaron a meterse dentro del coche patrulla y empezaron la persecución mientras daban la orden de búsqueda por radio. Tardaron un instante en darse cuenta de que intentar alcanzar la velocidad de un Z era demasiado peligroso. Joe Bryant se había alejado hasta desaparecer a una velocidad vertiginosa (a más de ciento sesenta kilómetros por hora, según sus estimaciones) como un navío estrafalario cortando la noche.

En un visto y no visto, había salido del parque y volaba a ciegas por las calles de la ciudad. Sin luces.

No fue hasta doce minutos más tarde que otra unidad de policía localizó a Bryant.

El agente Raymond Dunne declaró que se dirigía hacia el oeste por Cedar Avenue cuando vio por el retrovisor que un coche deportivo sin luces se acercaba a su coche patrulla por detrás. El conductor tocaba el claxon con frenesí para que el vehículo policial se quitara de en medio.

Fue un momento bastante memorable. Allí estaba Jellybean Bryant, en una autopista hacia el infierno, acelerando por un carril de adelantamiento.

En el último instante, Bryant esquivó el coche de policía y acto seguido el agente Dunne inició la persecución, aunque se retiró al ver que la velocidad era excesiva. Más adelante, Dunne afirmó que tuvo que acelerar tanto para alcanzar a Jellybean que temió perder el control del coche patrulla.

Al cabo de unos minutos, Bryant siguió hasta una intersección concurrida de Baltimore Avenue, donde un vehículo se interpuso en su camino.

Cuando intentó esquivarlo a gran velocidad, Jellybean perdió todo el control que aún pudiera tener sobre el coche. Primero el Z golpeó una señal de *stop*; después giró por Farragut Street y arrancó una señal de prohibido aparcar antes de rebotar adelante y atrás como una pelota de pimón a lo largo de ese tramo de la calle y destrozar un coche aparcado. Después se precipitó hacia el otro lado, se estampó contra dos vehículos más y finalmente retrocedió antes de, gracias a Dios, subirse a la acera y chocar contra una pared.

Con suficientes destrozos a su paso para calificarlo de pequeño tornado, Bryant y su exnovia se quedaron en estado de *shock* dentro del coche abollado. Quizá fue entonces cuando se dio cuenta de que en ningún momento durante la fuga vertiginosa se había preocupado de tirar la cocaína. Los agentes la encontraron más tarde, mientras registraban el Z.

En aquel instante Bryant tomó otra mala decisión más y huyó corriendo.

«Bajó del vehículo de un salto y dejó a la chica dentro —dijo uno de los viejos amigos de Bryant—. Joe se asustó y se largó. No era necesario correr. Si eras agente de policía en esa comunidad y veías un chico tan grande corriendo, ya sabías de quién se trataba. Todo el mundo conocía a Joe. No tenía ningún motivo para correr.»

Fue allí, en ese cruce, donde el extraño cálculo de hechos de la noche finalmente se desmoronó por completo, donde las terribles decisiones se mezclaron sin saber cómo con la buena suerte al otro extremo de un episodio de enajenación temporal.

Porque la buena fortuna quiso que el agente no disparara el famoso «tiro de advertencia» contra el fugitivo Jellybean.

Además de ser un buen jugador de baloncesto, Bryant había sido un gran atleta en el instituto. Pero aun así, uno de los agentes, Robert Lombardi, consiguió atraparlo en pocos metros. En aquel momento, Bryant se giró para atacarlo.

«Lo agarré —recordaba Lombardi—. Él levantó el puño y yo lo golpeé. Lo inmovilicé y lo esposé.»

Bryant sufrió una herida en la cabeza que requirió seis puntos de sutura. Décadas más tarde, Gene Shue, que por aquel entonces era entrenador de Bryant en los Sixers, recordaba que presuntamente la policía había propinado una buena paliza a Bryant, una paliza que lo dejaría con un profundo sentimiento de humillación que lo perturbaría durante mucho mucho tiempo, aunque en esos momentos ya tenía bastante con las esposas, la cárcel y la horrible ansiedad de tener que vérselas con su esposa.

En poco menos de media hora, la suerte generosa de la corta existencia de Joe Bryant se había convertido en un pozo de mierda. En Filadelfia, muchos habían terminado en un cajón del depósito de cadáveres por mucho menos que eso. En el caso de Joe Bryant, los siguientes meses y años se hizo cada vez más evidente que el incidente había provocado un daño tremendo en su carrera y en su persona.

El rato de angustia que Jellybean pasó en el cuartelillo aquella noche desencadenó la pequeña chispa de una revelación. Años antes, su abuela había profetizado que alguien de la familia se haría fabulosamente rico y famoso. Aquella noche de mayo de 1976 le dio la primera pista de que el protagonista de esa profecía seguramente no sería él.